



SOBRE EL CUIDADO DE LA CASA COMÚN

Escrito dominical, el 5 de julio

Seguramente han escuchado y leído muchos comentarios sobre la encíclica del Papa Francisco *Laudato Si'*. Lo mejor es leerla de una manera reposada como se lee algo que le atañe a uno mismo y que la lectura vaya interesando nuestro interés en un tema que afecta a toda la humanidad. De hecho va dirigida a todos cuantos quieran leerla, no sólo a los católicos; y no son de difícil comprensión los seis capítulos del documento. Aquí yo sólo haré algún comentario que, espero, refleje mi impresión de la lectura de este texto, que sin duda ha sido muy rápida y contrarreloj.

El inicio de la carta del Papa Francisco es muy bello: «Alabado seas, mi Señor» (...). En este hermoso cántico nos recordaba <san Francisco> que nuestra casa común es también como una hermana, con la cual compartimos la existencia, y como una madre bella que nos acoge entre sus brazos (...). Esta hermana clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella». Es un buen comienzo, muy significativo para abordar un tema urgentísimo: el cuidado de lo creado, de nuestra tierra, porque además los daños causados significan muchas cosas: no cuidar de los más pobres y descartados, vivir de modo egoísta en un consumismo que lleva al drama, y, por supuesto, a cometer injusticia, que es pecado sobre todo de los que tienen el poder en este mundo, al poner en serio peligro no el futuro no lejano de esta tierra, sino el muy cercano.

Me ha gustado sobremanera cómo el Papa ha considerado lo creado acercándose a la Escritura de modo muy ágil, apuntando a una exégesis muy acertada y muy común en los exegetas: todo lo que nos rodea, la naturaleza, es también voz de Dios, desvelamiento de su existencia y de su amor a todo y a todos; es revelación de Dios, como lo son, claro está, sus palabras dirigidas a su Pueblo, que en su propia historia escucha el designio salvífico del Padre. Incluso nos invita a contemplar «la mirada de Jesús» (n. 96-100) y reconocer la relación paterna que Dios tiene con todas sus criaturas, porque Él vivía en armonía plena con la creación. Y es que la creación de Dios está en el centro de la fe.

Es verdad también otro apunte más sobre esta excepcional encíclica. El Papa, al reflexionar sobre los problemas que una mala ecología inciden sobre el medio ambiente, ha logrado por un lado invitar a todos a ponernos a trabajar y no sólo a los especialistas o los ecologistas de corto alcance, sin visión global. Con lo cual lejos de cualquier ideología, coloca el cuidado de nuestra casa común en el ámbito de la Doctrina Social de la Iglesia. Así nos decía a los obispos, cuando nos llegó la Encíclica: «En el vínculo de la unidad, de la caridad y de la paz (LG 22) en el que vivimos como obispos, te envío mi carta *Laudato Si'* sobre el cuidado de nuestra casa común, acompañada por mi bendición». Genial.

Queridos hermanos: de veras que merece la pena que leamos este texto del Papa Francisco, y que lo hagamos despacio de modo que veamos cuál es nuestra salud ecológica, por si necesitamos “convertirnos” de una actitud y de una manera de utilizar mal lo que la tierra nos proporciona gratis. Me preocupa mucho la educación en las nuevas generaciones de unos hábitos que no sean consumistas a ultranza, como si fuéramos los dueños absolutos de la Creación y no quienes, habiendo recibido de Dios cuanto existe, cuidemos de la tierra como buenos administradores, que piensan en todos, no en unos pocos privilegiados.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

LA IGLESIA, HOGAR DE VIDA (I)

Escrito dominical, el 12 de julio

Al llegar el final del curso pastoral 2014-2015, deseo dar gracias a tantos católicos que en las comunidades parroquiales y en otras comunidades, grupos y movimientos de apostolado seglar o de acción caritativa habéis contribuido a que nuestra Iglesia sea un hogar de vida. No olvido en esta acción de gracias ni al Seminario ni tampoco a los que oran y adoran al Señor en parroquias y capillas eucarísticas y tengo presentes a los contemplativos y otros miembros de la vida consagrada.

Nuestro curso ha apuntado, dentro del conjunto del Plan Pastoral (“Nueva evangelización para la familia y desde las familia”, inspirada en el proceso de Iniciación Cristiana y asumiendo la pastoral familiar como esencial para toda evangelización), a la parroquia, familia de familia. Quiera el Señor bendecirnos en esta tarea siempre inacabada. Por ello, quiero hablar de la Iglesia, hogar de vida. La Iglesia la siento siempre como un gran acontecimiento en mi vida. En ella he encontrado lo más noble, lo más amable, lo más grande de mi vida y de la humanidad, cuánto me ha hecho crecer en el amor a Cristo, nunca bien amado.

Cristo y María son la Iglesia. Cristo es la fuente, la cabeza, el principio. La Virgen María, a la vez que la madre, es el pueblo redimido y santo, resumen y modelo de todos los discípulos de su Hijo. En Ella está la vida y la belleza de la humanidad entera tal como fue pensada y querida por Dios. Para mí la Iglesia comienza en Jesús, en su primera familia de María y José, en el pequeño círculo de sus discípulos, de sus amigos, de las santas mujeres que le acompañaban.

De entre sus discípulos salieron los apóstoles, los Doce, elegidos por un lado para dar plenitud a las Doce Tribus de Israel, el Pueblo de la primera alianza, pero también elegidos para continuar en la comunidad y en el mundo la misión personal de Jesús, para anunciar su Palabra, ofrecer su perdón, mantener viva su memoria/memorial y dirigir a su Pueblo en la vida de la caridad y en el camino de la vida eterna. La Iglesia es, pues, ante todo memoria viviente de Jesucristo, la humanidad iluminada, purificada y santificada por la obra de Cristo, signo e instrumento de su presencia, sin la cual no hay Iglesia, sino otra cosa.

Vivimos en medio de la sociedad toledana como Iglesia, pues somos esta concreta Iglesia particular o Diócesis; aceptamos la separación Iglesia-Estado. Respetamos a nuestras autoridades, no las halagamos; respetamos las leyes, aunque algunas no nos gusten por no respetar, en nuestra opinión pensamos que objetivamente, en algún caso la dignidad de toda vida humana. Pagamos nuestros impuestos como los demás españoles, y los padres católicos desean que se respete su elección del tipo de educación que ellos eligen, porque lo vemos reflejado en la Constitución Española. Si hay quienes no nos comprenden, no pasa nada, aceptamos el debate y exigimos respeto como se nos puede exigir que lo tengamos con los demás. Pedimos la paz y abogamos por la convivencia y el esfuerzo de todo el bien común. La Iglesia sabe mucho de eso. Con mis mejores deseos.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

LA IGLESIA, HOGAR DE VIDA (II)

Escrito dominical, el 19 de julio

Hay muchas maneras de ser Iglesia. En realidad, la humanidad entera está llamada a ser Iglesia desde que el Hijo de Dios nació de María como uno de nosotros. Los que todavía no la conocen, si quieren hacerlo, creo que se alegrarán de ello y darán gracias al Señor. Nadie será obligado nunca a creer sin libertad en Cristo Jesús. Pero nosotros estamos convencidos de que vivimos en los tiempos últimos y que Jesús es el principio y el fin de todas las aspiraciones del corazón humano y de todos sus hallazgos y creaciones.

Sabemos también que toda esta belleza de Cristo y de su Iglesia puede quedar velada por nuestros pecados y abundantes debilidades. No somos los puros ni los perfectos. Es preciso que tengamos la humildad de reconocer nuestras deficiencias, intentando siempre acercarnos a los orígenes de las primeras comunidades, al vigor y la autenticidad de los verdaderos discípulos. Pero el verdadero progreso de la Iglesia y el aumento de su credibilidad no viene por acomodarnos a la mentalidad y modos de vivir del mundo; sin embargo esto no nos lleva a despreciar a nadie

ni a pensar que nosotros somos mejores. El vigor y la fuerza de la Iglesia, su credibilidad y su atractivo ante los hombres y mujeres aumentan a medida que los cristianos nos parecemos más a Jesús y somos más dóciles a las inspiraciones del Espíritu Santo. Ese es el estilo que quisiéramos tener: el de los santos cristianos de todos los tiempos. Nosotros no mejoramos el Evangelio; es él el que nos mejora.

Nos parece fundamental la celebración de la Eucaristía, que nos permite cada domingo entrar en la presencia de Dios de la mano del Resucitado “el primer día de la semana”. También necesitamos el sacramento del perdón, vivir la caridad como la mejor solidaridad, mantener la comunión entre nosotros y con el Papa Francisco. Hoy, en la Europa en que vivimos muchos cristianos han desertado de la Iglesia. Los que seguimos en ella tenemos sin duda culpa de esta desertación, pero no toda, pues el aumento de descreídos y, por ejemplo, de niños sin bautizar o adolescentes y jóvenes que se acostumbran a vivir sin Dios y sin Iglesia tienen también su propia responsabilidad. Muchas familias cristianas han perdido el tesoro de la fe y la dignidad de las virtudes cristianas. Tal vez en ello ha influido que en España los que viven en el balcón de la opinión pública se sienten obligados a silenciar los valores y la importancia de la Iglesia. Sí, en algunos ambientes públicos cae bien críticas a la Iglesia, desprestigiar la ley de Dios y presumir de descreídos, sin coste político además.

Es una situación compleja, en la que no buscamos unos únicos culpables, pero es cierto lo que una viñeta de un diario español mostraba uno de estos días: alguien camina pensativo y en su frente lleva escrito “Soy cristiano, insultarme es gratis”. Sin dejar, pues, nunca de ofrecer las razones de nuestra fe, somos conscientes por ello de que vivimos la humillación de Jesucristo, cargando con el oprobio y menosprecio que padeció Él (cf. Heb 13, 13-14).

Pero también estamos convencidos que, en nuestra sociedad, la vida social en democracia siempre necesitará motivaciones, objetivos y valores (mejor decir virtudes) que ella misma no se puede proporcionar a sí misma con suficientes garantías. Esas virtudes humanas y cristianas las encontramos sin duda en las comunidades de la Iglesia Católica. Ésta es una aportación no sólo respetable sino beneficiosa, que tiene 20 siglos de historia y que ha fecundado muchísimas de las grandes cosas que tiene nuestro mundo. Por ello es tan importante en nuestro mundo el hogar de vida que es la Iglesia, que sigue siendo memoria de Cristo y anticipación de los tiempos futuros.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

¿CIERRE POR VACACIONES?

Escrito dominical, el 26 de julio

¡He ahí un cartelito que era frecuente en agosto; tal vez hoy no lo es tanto, porque la palabra “vacaciones” es siempre estimulante pero muchos no saben qué es disfrutar de este tiempo, corto y más largo. Viajar, cambiar de ambiente y actividad, descansar, disfrutar de la naturaleza son, ciertamente, posibilidades que llegan espontáneas a nuestra mente, pero no todos se lo pueden permitir.

¡Yo estoy escribiendo, en principio, a creyentes católicos; por ello me gustaría que, por un lado no olvidemos a quienes también en verano lo pasan mal, y, por otro, que aprovechemos los días de vacaciones, cortos o más largos, para nuestro crecimiento como personas. Existe siempre la tentación de sucumbir al ocio, que no es sinónimo de descanso ni de cambio de actividad, sino de relajación que deja al espíritu a la intemperie y a merced de la pereza, la inacción y la desidia: la ociosidad es la madre de todos los vicios. Contaba un obispo hace poco que, a la vuelta de las vacaciones, preguntó a un niño si había ido a la misa dominical, y que la respuesta fue contundente: No, claro, en vacaciones hay que descansar.

¡La persona necesita descansar, desde luego. Pero el descanso no está reñido con la actividad, que sin duda será distinta de la habitual. Vacaciones tal vez sea oportunidad para estar un tiempo más largo con los familiares, para encontrar a parientes y amigos, que solo en esos días es posible. Es hablar más con los que amamos, comunicarnos, hacernos la vida más feliz. ¡Cómo recuerdo los rostros más contentos de aquellos mayores de los pueblecitos de Soria, casi todo el invierno solos, cuando nietos e hijos llegaban, aunque fuera por unos días en agosto!

¡Tiempo para la amistad, la comunicación, la ayuda mutua. Tiempo también para la caridad con los que no tienen vacaciones, o los mayores que viven en soledad, los que esperan que alguien les regale tiempo para oírles y recibir algo de cariño, para no “descartarles”. Y tiempo,

evidentemente, para no dar vacaciones a Dios como si Éste fuera una obligación de la que uno se libera cuando puede organizar el tiempo a su medida.

¡Todo cristiano, además, es llamado por Jesús a ser su discípulo misionero, y el verano es sin duda tiempo apropiado para recuperar energías, pero sin olvidar la misión. Esto vale para los pastores, pero también para catequistas, profesores y padres cristianos, para el consagrado o el fiel laico implicados todos en la misión de Jesús en la Iglesia o en el mundo.

¡El trabajo de los sacerdotes como el de todo discípulo misionero del Señor no es fácil ni descansado. Ser fiel a la misión encomendada, lograr que la palabra y la obra de Cristo lleguen a todos exige dedicación, entrega, desvelos, sufrimiento, perseverancia, y tal vez cansancio. Hay un cansancio apostólico, y por ello, el que es enviado necesita descanso: y éste se halla sólo en el Señor. Recordamos el evangelio del domingo 19 de julio, en el que Jesús se lleva a sus discípulos a un lugar “tranquilo y apartado” donde nadie les estorbe y puedan descansar con Él.

¡De modo que el Señor invita a descansar, a reponer fuerzas en su compañía y dejarse cuidar por Él, que cuida de nosotros. Pero, por otra parte, al ver cómo Jesús se pone a enseñar a los que descubren aquel lugar de descanso, comprendemos que el Señor nos ofrece lo necesario para reponer nuestras fuerzas y salir del agobio, para recuperar enseguida el ardor apostólico. Es bueno aprender a descansar en Cristo para volver a la misión. Feliz descanso. Con mi agradecimiento.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España